

CRISANTO PÉREZ ESAIN

DONDE
MUERE EL RÍO



XXVII PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ



Ayuntamiento de Badajoz

Esta novela fue galardonada con el XXVII Premio de Novela Ciudad de Badajoz, convocado por el Ayuntamiento de Badajoz. Formaron parte del jurado Manuel Pecellín Lancharro, Luis Alberto de Cuenca, Paloma Sánchez-Garnica, Juan Manuel de Prada y Espido Freire

Primera edición: mayo, 2025

© Crisanto Pérez Esain, 2025
© Fundación José Manuel Lara, 2025
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Fotografía de cubierta: Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 627-2025
ISBN: 978-84-19132-57-4

Printed in Spain–Impreso en España

Al río Piura también se le conoce como río loco, por la variedad de su cauce. Salvo cuando las lluvias son extremadamente cuantiosas, no alcanza el mar, sino que la fuerza de sus aguas se agota en el desierto, donde forma las lagunas de Ñapique y San Ramón.

Geografía del Perú

Yo soy un río,
bajo cada vez más
furiosamente,
más violentamente
bajo
cada vez que un
puente me refleja
en sus arcos.

JAVIER HERAUD, *El río*

Nadie se baña en el río dos veces.

HERÁCLITO DE ÉFESO

I

El día que Rafael Velásquez llegó a San Miguel la humedad era tal que los gallinazos se sofocaban en el aire espeso, e iban cayendo uno tras otro, como en fila, esperando su turno, en la recta que lleva de la catedral al mercado de la ciudad. No pagaban solos los gallinazos los efluvios pesados del aire. La humedad mojaba la ropa recién escurrida en las bateas, humedecía los lentes de los paseantes, asustando así a los ancianos que sospechaban sufrir un repentino ataque de cataratas. El humo de los taxis se hacía más denso, el pescado se malograba con mayor rapidez todavía y hasta las vendedoras del mercado apartaban la nariz para las cinco de la tarde.

El río bajó lánguido, como si la humedad no fuera con él, durante todo el día. En su cauce, aun en el centro, crecía la totora y en sus riberas se disputaban eternos partidos de fútbol; apoteósicas finales de mundiales en las que el Perú siempre salía triunfante ante Brasil, Alemania o Argentina; finales que nadie admiraba desde los puentes o el malecón; finales en las que los aplausos estaban ausentes y la gloria se asemejaba al contento interior de haberle sacado una caja de cervezas al equipo derrotado, dispuesto a dejar, jadeantes como estaban, la revancha para el día siguiente.

Aún quedaban en el aire los ritmos de la noche anterior, en los que se confundía la celebración del año nuevo con la de haber terminado con bien el año que expiraba. La

cumbia se mezclaba con el vals criollo, la marinera con el ritmo chicha, el pasillo ecuatoriano con la salsa y el balle-nato. En San Miguel, aquel día, hasta el aire pastoso estaba de resaca.

Velásquez iba dejando las cosas en el suelo de la pensión a la que recién llegaba, abrumado todavía por la cara inquisitiva de un Sagrado Corazón que, mal colgado sobre el marco de la puerta, iba saludando con su golpeteo metálico a quien se atreviese a entrar en el dormitorio por él tutelado. Cuando por fin se encontró solo, una vez que doña Soledad hubiese cerrado la puerta con un golpe firme, necesitaría pocos días para darse cuenta de que no había otra forma de cerrarla. Se tiró al catre, del todo paradigmático y verdadero ejemplo de catre de pensionado de San Miguel. Los tornillos oxidados avisaban que la maniobra que estuviera realizando fuera quizás la última, entendiendo como tal desde tender el cuerpo sobre el colchón hasta ponerse las manos detrás de la cabeza. La cabecera temblaba con cada movimiento, el colchón iba despertando a a cada uno de los resortes para que vigilaran la espalda de quien estuviera encima; la almohada aunque recién lavada, era pírrica.

El cuarto, por lo demás, no era tan desagradable. Las tenues manchas de humedad del techo permitían entretenerse intentando adivinar el sentido de sus formas, jugando a las nubes, las finas grietas no llevaban a la alarma, y más bien parecían consultar a quien las viera sobre qué sentido tomar, si hacía el cuarto de baño, la puerta de entrada, la cabecera de la cama o la puerta que daba a una calle de tercera, con un calor de primera y unos zancudos de categoría especial, como se conocía a las de San Miguel en el resto del país.

Con la ropa en la maleta y esta bien cerrada en el suelo, Rafael se entretenía recordando esa extrema definición de

la ciudad. Estos pensamientos fueron borrados por una bocanada de olor a tierra mojada. El calor del verano estaba siendo tal que más que escucharse el golpeteo de las gotas en la pista, en las veredas, en las lunas de las ventanas, se sentía cómo la tierra se las iba bebiendo. Él escuchaba un ruido, olía algo que le llegaba, sin duda, desde la calle, pero no alcanzaba a ver la tierra recién empapada; ni siquiera un pequeño charquito, todavía, ni tan siquiera una gota en las lunas de las ventanas. Hasta el vidrio, terso y tan poco poroso, relamía las pocas gotas que llegaban a él. Extrañado por la sed atrasada y entretenido en las grietas, las manchas de humedad y el olor a lluvia embebecida, se quedó dormido.

Mientras, el fútbol quedó suspendido hasta nuevo aviso, los totorales reverdecieron por momentos y la humedad fue dejando paso al frescor de la lluvia. Nadie corría de más para no mojarse, ni se quejaban si un carro les salpicaba, y hasta el ritmo de la ciudad se fue haciendo más lento todavía, no tanto por el sol sino por la sed de lluvia. La naturaleza, que se había mostrado languideciente hasta entonces, comenzó a dar señales claras de que el momento de la resurrección había llegado. Sin que dejara de llover todavía se escuchaban ya los primeros grillos, y el caudal del río fue creciendo y llenando de sentido la anchura de los puentes que remendaban su cauce a lo largo de toda la ciudad, que después de haberse bebido la única lluvia caída a lo largo de treinta y cuatro meses y siete días demostró haber sido construida para que no lloviera nunca.

Antes de que llegara la noche cerrada esta ya había comenzado, pero cuando lo hizo nadie sabía en qué iba a parar todo aquello. Los enormes troncos de algarrobo que

sujetaban los toldos del mercado no soportarían mucho más tiempo los bolsones de agua que ya se habían formado sobre las cabezas de la gente. Las ratas poco a poco iban llegando, asustadas todavía, luego de haberse salvado de milagro de morir ahogadas en los desagües de todo San Miguel, donde hasta entonces siempre habían transitado con normalidad.

En el mercado, los vendedores pensaron que nada de volver a sus casas, sin darse cuenta de que, en realidad, y aunque ellos no lo supieran, ya no existían, pues se las habían tragado, hacía un par de horas, las desmadradas orillas de un río que se había vuelto codicioso. Mejor quedarse entonces cuidando el cargamento de papas, preguntándose si el próximo, avisado para dentro de tres horas llegaría a tiempo o se quedaría en Chiclayo, sin poder llegar a su destino.

Había por lo tanto una gran animación, en una ciudad, esta del mercado, destinada a dormir parte de la noche, ajena a las partidas de cartas, a los bailes y a los cumpleaños no invitados. Más que otra ciudad era otro mundo, y cada visitante se conectaba a esta nueva dimensión al bajar de su mototaxi a la llegada, al poner el primer pie en la vereda del mercado, al comprar su cuartilla de limones, su manito de plátanos o su kilo de arroz.

Aquí había gente que podía nacer y morir en ella al cabo de su vida, sin haber salido nunca de sus límites, más dilatados, extenuados cada año, sin aburrirse. Tenía su escuela, su posta médica y hasta su iglesia. Cada vez que crecía San Miguel, esta se alargaba, con cada nuevo pueblo joven que se fundara allá, el toldo gigante cubriría una calle más ajena hasta entonces a su voraz actividad, vista desde el aire para los gallinazos era como una enorme ameba azul que año tras año iba creciendo, haciendo suya una partecita más de la ciudad. En el fondo daba la sensación de que vender y comprar era una excusa

para seguir viviendo y que lo que se pretendía en aquel lugar era durar, seguir hasta mañana, ver el próximo día, poder abrir los ojos después del sueño. Marcos lo sabía muy bien. Abandonado a su suerte por la muerte de sus padres, desde que llegó, él jamás había salido del mercado. Contaba a quien quisiera escuchar que una vez quiso hacerlo, pero cuando estaba a puntito se detuvo, pues no sabía qué dirección tomar.

Pensaba que de un lado se iba a las casas de los ricos. Era del lado en que paraban los taxis y donde llegaba gente a la que cuando fue niño se dedicaba a cuidar su carro, para que nadie se lo robara. De otro lado estaba el cementerio, así que a la tentación anterior de ir a ver las casotas tan grandes que le habían descrito algunos amigos del mercado, se le oponía la de visitar la tumba de sus padres, que se imaginaba humilde y breve, como fuera su vida, allá en el Metropolitano. De otro lado estaba la plaza de armas, la catedral, la parte antigua de una ciudad a la que lluvias y terremotos no habían permitido hacerse vieja y en la que lo único antiguo había sido siempre la posibilidad de recordar los desastres. Dudas, demasiadas dudas. Si todo fuera tan fácil como elegir entre comprar limones o mangos, papa amarilla o blanca, camote o choclo limeño. Pero no era así.

Por eso, y porque los temores más ocultos nunca querrán dejar de estarlo, Marcos jamás salió de la ciudad en que se había convertido, con el paso de los años, de las ruinas ajenas y propias, el mercado modelo, como tenían la osadía de llamarlo, de San Miguel, donde se compraba y se vendía, a desigual costo, la supervivencia. Ni siquiera salió cuando, al despertar por la noche empapado, no sabía si por la lluvia ya pasada o por el sudor, por las picaduras de los zancudos. Exaltadas y asustadas oleadas, quizás del propio rumor que formaban su multitud de alas en un aire enrarecido ya de

por sí y espeso en aquellos días de humedad, velaban porque los demás lo hicieran.

Marcos comprobó al mirar al suelo que veía las estrellas reflejadas del cielo. Creyó volverse loco, haberse olvidado de lo que estaba arriba o abajo, encima o debajo, cielo o tierra, aboliendo el primer día de la creación, hasta que se dio cuenta de que incluso sus pies ya no tocaban tierra, ni barro siquiera, y que todo flotaba de un lado a otro en la inmensa explanada. Vio bailar todas las sillas de Moscú, tan borrachas como quienes en ellas acostumbraban a sentarse; vio un vestido de novia, huachafo y de dudosa pureza –el blanco posible se había convertido ya a esas horas, por la humedad filtrada a lo largo de todo el tul, en un barro, un gris, un plomo que a Marcos no invitaba a dar el sí–. Vio unos pollos muertos flotar como patos, pero sin plumas, sin pico y sin gracia. Vio también a todos dormir por no querer ver lo que estaba ocurriendo, dormir como amenazados por el puño que parecía apuntar sobre sus cabezas sobre un toldo que no servía para nada y que era el agua acumulada que alguna vez deberían sacar meneando con postes, palos de escoba inútiles por lo sucios o podridos, ya invendibles. El cielo, por lo tanto, estaba a sus pies, bien estrellado, y todos allá lo estaban en un baile perezoso y de final incierto.

La señora Lucía, que dormía día y noche, con su gesto de meditante preocupada por el mundo, no se preocupaba sin embargo de su vestido de novia, que salvo milagro bailarían siempre solo, y no ya en compañía de un pintón terno de novio, que era para lo que lo había hecho nacer. Ella que ya se quedaba ciega en cada bordado, en cada puntada, y que cada pasada de aguja por el punto exacto era un puntito menos de luz que sus ojos llegarían a ver, dormía para no ver el escándalo formado por unos pollos verdosos haciéndole

la corte a un vestido de novia ya mugriento y alejado de toda esperanza nupcial. Sin entrar en detalles podríamos asegurar que don Fernando, Marcos, Juancito y todos los demás, entre ellos la Mechita y Gloria, lo habían perdido todo.

Marcos no sabía si dejarles en el sueño de un mañana promisorio y que se encargaran ellos mismos de anunciarse la desgracia o hacer él mismo de mensajero de un amanecer que ya llegaba y que no prometía sino la pérdida continua de la última esperanza. En lo alto de su montón de papas se dio cuenta de que todo se había perdido. Al menos en esta zona del mercado, que además era de las más bajitas, la pobreza se había convertido, por arte de birlibirloque y sin embargo una vez más, en miseria. Marcos decidió, por ello y por todo, dormir.

Siempre que llovía de noche se le presentaba el mismo sueño, tan lejano e incierto como un recuerdo. Él era chico, y ayudaba a un primo suyo a pescar. Desde una balsa de cuatro palos alineados muy a su pesar, iban tendiendo las redes con cuidado, extendiéndolas todo lo posible. Después, alguien llegaba en un carro. Le hacían llegar nadando hasta la orilla de la laguna, a la que el viento iba rascando las olas como una especie de mar infantil. El tío Andrés, alto, con la piel curtida, como de cuero, por el sol y el viento de todos los días, le presentaba a unos señores. «Hijo, son tus padres, te irás con ellos». Después de eso su primo Edmundo bajaba de la balsa, le decía que le iba a extrañar, con una voz fría y distante que nunca había visto. Mientras le hablaba, Marcos miraba de reojo a los señores, que charlaban con su tío Andrés y la tía Chela. Al poco tiempo, se quedaba dormido mientras lloraba, viendo la laguna convertida en una charca triste y abandonada, y a sus tíos, a su primo, a todo el mundo, como puntitos chiquitos de los que se iba distanciando.

Despertaba en mitad del mercado, lejos de todo lo que había en su vida, una laguna de la que ya no recordaba ni el nombre, unos primos a los que ya, treinta años después, no podría reconocer, unos tíos secos y pesados como la madera de la balsa abandonada, una red puesta en su lugar y que todavía estaría esperando a que alguien la recogiera.

A esas horas, en las que el mercado esperaba dormido al día siguiente para no morir de desesperación, Rafael Velásquez, en la pensión de doña Soledad, se despertó. Perdido no solo por la hora, por lo que había madrugado la madrugada, sino, y sobre todo, porque tenía la sensación de haber dormido tan solo cinco minutos, cuando había permanecido durante más de día y medio si abrir los ojos. Se asustó de la total oscuridad, y la debilidad de un solo foco, huérfano en mitad de una vieja lámpara de araña comprada sin duda cuando los tiempos debieron ser mejores o las tarifas de la compañía de la luz algo más baratas en San Miguel, no dejaba ver más allá de un par de buenos pasos alrededor del recién hospedado en la casa de la señora Soledad.

A la señora, pese a su nombre, no le gustaba vivir tan sola. Como se enteraría tiempo más tarde, cuando el aburrimiento en la ciudad y en sus propios pensamientos le abrieran a la conversación con el resto de la pequeña comunidad, había conocido, como todos en San Miguel y muchos en el Perú, sus buenos y pasados tiempos. Ella fue, si se quiere decir así, una víctima, aunque indirecta, de la expropiación de tierras, allá por los últimos años sesenta y primeros de los setenta. Su esposo, como abogado del Ministerio de Agricultura, tenía que viajar por todos los pueblos de la región, dando fe de que las posesiones de los terratenientes no solo

eran abandonadas por estos, sino repartidas entre los pobladores que las trabajaban. En un pueblo olvidado de San Miguel, allá por las alturas, se acostó un día demasiado borracho, luego de varias y generosas rondas de canelazo con los principales del lugar, demasiado para darse cuenta de que debía revisar, una vez más, entre las sábanas, para ver si no se había escondido, buscando el calor, alguna serpiente. Murió de una picadura, «y la serpiente debió morir borracha», solía concluir la señora Soledad, para quien la campaña de reparto de tierras no era más que una excusa inventada en las oficinas del ministerio para que maridos como el suyo pudieran emborracharse sin ninguna vigilancia ni clemencia para sí mismos. «Cuántas manos temblorosas se deben a aquellos días», solía lamentarse. Con el dinero de entonces, de los juicios en los que su esposo era tenido como el mejor picapleitos de la ciudad y el de una vieja herencia por fin cobrada, se construyeron una casa enorme, pensada para sus hijos, sus nietos, sus sobrinos y para todo aquel que asegurara compartir, siquiera unas gotitas de sangre, con aquel matrimonio dichoso.

No fue así sin embargo la existencia de la señora, que en lo siguiente tuvo que adecuar la casa como pensión, y como los deseos de no padecer lo que en el nombre llevaba escrito y señalado eran tales, se acomodó a cada una de las solicitudes, por caprichosas que parecieran, de su clientela. Algunos, a disgusto con la comida que allá se daba, o por no perder la buena sazón de la que presumían, pidieron adecuar un pequeño espacio en un rincón de alguno de los cuartos más grandes para la cocina. Otros pidieron una bañera completa, como si el agua fuera regalada, como estaban en mitad del desierto. Enormes armarios roperos para otros, para guardar toda aquella ropa que los rigores

de tan prolongado verano, que a veces se dilataba todo el año, les sobraba. Lo que no pudo evitar la señora, quizás por la muda compañía que hacían, era la presencia de hormigas que abundaban en el centro de la ciudad.

Rafael se pasó la noche espiando sus movimientos. Pensaba que siguiendo alguna de ellas con la mirada podría dar con el hueco del que manaban. La luz no alcanzaba para tanto, al menos hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Aquellas salían por todas partes, por lo que debían de ser varios los hormigueros. Recordó entonces las palabras de su abuela quien, aunque había vivido casi toda su existencia en Lima, rescataba de su abultada memoria pasajes de su San Miguel natal. Ella aseguraba que las hormigas eran la base de la ciudad, y que si alguna vez todas desaparecieran su nivel descendería al menos cinco metros, como aquellos bizcochos que se desinflan cuando recién salen del horno, hasta quedarse en casi nada.

Al ver que las hormigas salían de todas partes para encontrarse en el centro de la habitación, en el techo, al lado de la lámpara de araña, arañada sin duda por el paso del tiempo y el descuido de la edad de la dueña y de la suya propia, se le vino a la cabeza que los peruanos eran un poco como esas hormigas, que todas llegaban al centro, a Lima, desde todos los puntos, todas distintas y todas iguales. Fuera cual fuera su formación, sus intereses, el lugar al que llegaban dentro de esa telaraña que era la capital, todos llegaban con una dirección en la mano izquierda, agarrado el papel con fuerza, como si fuera el culpable de algo, con una o más maletas en la mano derecha, y aquí sí hay que reconocer que se observaban diferencias, pues las había desde bolsas de mercado hasta las de cuero, las de importación y las compradas en cualquier puesto callejero. Todos tenían claro el

lugar al que llegaban, el primer contacto al que acudir para encontrar el primer trabajo en Lima, y todos guardaban la misma ilusión por el futuro, aunque pronto la perdieran. Y aquí es donde terminaban las diferencias.

La lámpara de araña lo llevó de un solo golpe al día anterior a su partida, años atrás. En algo se parecían sus brazos retorcidos de bronce envejecido a los de las lámparas del centro cívico, donde había sido despedido por lo más granado de San Miguel. Si el alcalde de la ciudad le estrechaba la mano, el presidente de la región le contenía de un solo abrazo. Al salir de la fiesta sus espaldas pesaban más que las maletas con que se alejaría de allá por tantos años. Nada que ver con su regreso anónimo, su marcha fue noticia de periódicos y primicia de las chismosas de la ciudad.

Cuatro siglos antes, carne de su carne y sangre de su sangre, don Rafael Velásquez de Sandoval, a quien debía su nombre, y otros pocos supervivientes clavaron sus pabellones en mitad del desierto. La tierra no parecía fértil, pues poco o nada crecía más allá de las orillas de un río entonces estrecho cuyo final se perdía entre los arenales. Sabía que la búsqueda de tierras fértiles había llevado a sus predecesores a los pantanos fangosos del interior. Pronto aquella feracidad quedó empañada por la cantidad de mosquitos, que portaban en sus picaduras las más febriles enfermedades. Velásquez de Sandoval y otros pocos supervivientes de las ciénagas y de la vida en el puerto, siempre acechada por los piratas, decidieron cambiar de aires. San Miguel de Piura crecería al sol que más calienta, y lo haría poco a poco, ayudado de una molicie que ayudaba poco, sí, pero que respetaba además del cansancio del cuerpo la languidez del alma, reconociendo que cuando el sol inventó la sombra la creación había por fin culminado.